


colección alandar 

El faro de la mujer ausente

David Fernández Sifres

EDELVIVES

Dirección editorial:
Departamento de Literatura GE

Dirección de arte:
Departamento de Diseño GE

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Fotografía de cubierta:
Thinkstock

1ª edición, 13ª impresión: marzo 2022

© Del texto: David Fernández Sifres

© De esta edición: Grupo Editorial Luis Vives, 2011

Impresión:
Edelvives Talleres Gráficos. Certificado ISO 9001
Impreso en Zaragoza, España

ISBN: 978-84-263-8147-7

Depósito legal: Z 98-2012

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El 0,7% de la venta de este libro se destina al proyecto «Mejora del acceso a la Educación Secundaria de calidad en Ashalaja», que cofinancia la ONGD SED (Solidaridad, Educación, Desarrollo) como apoyo a procesos de desarrollo local en Ghana.

FICHA PARA BIBLIOTECAS

FERNÁNDEZ SIFRES, David (1976–)
El faro de la mujer ausente / David Fernández Sifres. – 1ª ed.,
13ª reimp. – [Zaragoza] : Edelvives, 2022
203 p. ; 22 cm. – (Alandar ; 127)
«XI Premio Alandar»-cub.
ISBN 978-84-263-8147-7
1. Guerra Mundial, 1939-1945. 2. Amistad. 3. Faros. 4. Pacifismo.
I. Título. II. Serie.
087.5:821.134.2-3"19"



Novela ganadora del
XI Premio Alandar de Narrativa Juvenil

El jurado se reunió el 21 de enero de 2011.
Estaba compuesto por Pablo Barrena (crítico literario),
M^a José Gómez-Navarro (editora), Rosa Huertas (escritora),
Luisa Mora (bibliotecaria), Andrea Villarrubia (profesora)
y Belén Martul, como presidenta.

*A Yolanda, mi mujer,
que construye sueños conmigo.*

*A mis padres, Luis y Consuelo;
a M^a Mercedes, mi hermana; a Héctor y a Tino,
que se alegran tanto como yo de que se cumplan.*

A mis amigos, que están ahí para compartirlos.

Todos tenemos un secreto encerrado
bajo llave en el ático del alma.
Este es el mío.

CARLOS RUIZ ZAFÓN

Marina

... hasta que poco a poco fuimos olvidándonos,
cambiando, y ella se casó un día.

JORDI SIERRA I FABRA

El último verano miwok

prólogo

La primera vez que vi a Bernard, el farero, de mi mano derecha goteaba la sangre de una mujer que no existía.

Durante unos días creí que ese era el principio de la historia, pero pronto dejé de estar seguro.

Aún hoy no lo sé con certeza. Puede que esta historia comience al final del camino del faro, una noche en que una tormenta amortiguó la descarga de un fusil, cuando la Segunda Guerra Mundial ocupaba ya suelo francés. Tal vez no. Quizá tuvo su origen en España, cincuenta años después, con una llamada telefónica a un programa de radio. O puede que empezase realmente en una vitrina del museo de Caen, aún más tarde. Para mis amigos es probable que el punto de partida se sitúe en Bélgica, en Alemania, en Italia. No sé.

Lo que sí es cierto es que, para todos, terminó ayer en el Cementerio Monumental de Bellemer. Ayer murió Bernard, el farero. Ayer la historia quedó cerrada y puede, por fin, contarse.

Han pasado ocho años desde entonces. La imagen vaporosa de aquella mujer ofreciéndome un papel en el que le iba algo más que la vida me ha acompañado durante todo este tiempo como un puño de hierro en torno a mi estómago. En ocasiones me consuela pensar que no solo nos separaban unos centímetros y que no habría podido aceptar el papel aunque hubiese estirado mi brazo.

En cualquier caso, ocho años después de aquel verano apenas hay ya nada que pueda probar lo que cuento, más allá de mis propias palabras, algunas fotografías, unos recortes viejos de periódico, varias tumbas olvidadas y algunos amigos lejos. Demasiado lejos.

Prometimos no revelar nada de lo sucedido aquellas cuatro semanas en Bellemer. Ahora, sin embargo, sé que hay historias que no es justo que mueran con sus protagonistas.

UNO

Mi plaza en el avión era la 16H. Dieciséis años. Hugo. Difícil de olvidar. Por la ventanilla minúscula que tenía a mi izquierda difícilmente podía ver algo que me recordara las fotos de París que me habían enviado con el folleto.

Ni la Torre Eiffel en medio de un césped immaculado, ni los barcos de turistas surcando el Sena, ni los pintores bohemios de Montmartre, ni una pareja de novios tras los cristales empañados de una cafetería repleta de cruasanes. Todas esas imágenes se estaban convirtiendo, desde el avión, en un sinfín de edificios oscuros que se dejaban adivinar a duras penas por entre las nubes que cubrían la ciudad.

Francia. De alguna manera, lo del curso había sido una encerrona. De saber que el premio de aquel

programa de radio era un curso intensivo de perfeccionamiento de francés en Bellemer, me lo habría pensado mucho antes de telefonar diciendo que Monnet, con una ene, era un pintor impresionista, y que Monnet, con dos, era el fundador de la Unión Europea. Pero si, además, hubiese sabido que iba a ser el único español y que el curso se completaría con los ganadores de otros países, no lo habría hecho. Ni loco.

Aunque, por otro lado, no me disgustaba la idea de pasar cuatro semanas lejos de casa, por mi cuenta, sin la mirada de mis padres pegada en el cogote a cada paso.

Durante el vuelo repasé la documentación que acompañaba al folleto: las fotos, los billetes y la dirección de la residencia en la que me iba a alojar. Nos habían pedido a todos los alumnos que enviásemos nuestros datos y una frase que nos definiera, o que identificara alguna de nuestras aficiones.

«Hugo, español, dieciséis años. Soy tímido». Mi presentación me protegía como un comodín en una mano de póquer y me excusaba ante cualquier comportamiento extraño. Era casi una advertencia: no esperéis mucho de mí; no voy a ser ocurrente ni divertido, al menos al principio. Dejadme tiempo.

Las demás presentaciones me parecieron mejores. «Gabriella Alcetti, italiana, dieciséis años. Me gusta la Historia»; «Klara Korchakova, belga con orígenes búlgaros, quince años. Me encanta vivir»; «Franz Müller, alemán, diecisiete años. Músico aficionado»; «Henry Toole, inglés, dieciséis años. Me gusta la informática». Los organizadores habían dividido a los participantes

en grupos. Nosotros cinco éramos el B: un español, una italiana, una belga, un alemán y un inglés. Parecía el principio de un chiste y sonreí mientras maldecía a Monet. A los dos.

La estación Saint-Lazare de París me pareció un zoológico de nacionalidades, razas y etnias. Nadie se fijaba en nadie. Solo yo miraba hacia todos los lados, como si hubiese vivido creyéndome el último ser humano en un mundo de monos y de repente me hubieran soltado en medio de aquel ir y venir alocado de gentes dispares. Recuerdo haber pensado en Charlton Heston, en *El planeta de los simios*. Recuerdo también haber estado seguro de que aunque me hubiese puesto unos calzoncillos verdes colgados de una oreja nadie habría vuelto la vista hacia mí. Me sentí «nada», pero comprendí que, a veces, «nada» es sinónimo de libertad.

Tomé el segundo tren de la mañana para Bellemer ayudándome por vez primera de las clases de francés de los últimos años. Me planteé cada paso que debía dar como un reto: encontrar el tren —reto superado—; subir la maleta inmensa —reto superado—; sentarme en un asiento sin haber perdido el billete —reto superado—; que el asiento fuera el correcto —reto no superado—. Juré en español mientras me echaban al vagón de segunda y la gigantesca maleta se mojaba con el agua sucia que se colaba por debajo de la puerta del retrete.

Me senté resoplando de puro asco, con la maleta entre las piernas, el billete en la boca y las zapatillas

mojadas. Una anciana pasó a mi lado, tal vez buscando su asiento. Me habló sin mirarme, como si hubiese cámaras observando y tuviese que darme un mensaje secreto. Su voz era débil y candorosa a la vez.

—Paciencia, joven. Francia siempre guarda alguna sorpresa. Solo hay que abrir los ojos y creer.

Tardé en darme cuenta de que se dirigía a mí. Cuando alcé la vista me sonreía tras la puerta del siguiente vagón. No hube de recordar sus palabras hasta muchos días después y, entonces, ni siquiera podía ya asegurar que la anciana hubiese sido real.